

A veces uno escribe palabras para sí mismo y, al mismo tiempo, casi sin darse cuenta, para muchos.

Ayer volví a verlos,
después de los años de ostracismo.
Me observaban desde la secreta omnipresencia de un slide,
recordándome lo que no puedo no saber
y algo, también, de lo que por tanto tiempo he tratado de olvidar.

Porque sé que están, siempre lo sé,
en los que me engendraron y en los que engendré;
ocultos, enmascarados, aquí ya nada se les parece,
salvo este proyecto
doméstico, languideciente, casi eterno,
de último hombre reinventando las palabras.

¿Cómo habitar esa memoria
y soportar estas paredes?
Todo fue negado, sólo yo
persisto contra estilos y sentidos comunes.

Y es verdad que casi nada existe ya,
ni siquiera yo duraré mucho más.
Pero me daré por cumplido si logro
transferir las insignias recibidas, los códigos inmanentes
de eslabón cansado y perdido
(como pasar la posta, que ya otros lo intenten).

Queda poco tiempo, tal vez por eso
yo nunca llegué a decirles adiós, ni apenas hasta luego.
Tan sólo los perdí de vista un día
como a quien se hunde en el horizonte del mar
para dar la vuelta al mundo.
Pues siempre sueño con que al fin me tocarán el hombro,
y me dirán que están de nuevo junto a mí.

Pero despierto, una y otra vez, y recuerdo:
soy un náufrago, y sé que mi isla se hundirá conmigo.